Fuera

NA kantoorboekhandel es una papelería. Pero una vervangingsordendelenwinkel es una tienda de repuestos para máquinas de escribir. Hay una diminuta typemaschinenvervanginsordendelenwinkeltje familiar en Verbrande Brug, una ciudad-dormitorio satélite de Bruse las. Se llama «Typemaschinenvervanginsordendelenwinkeltje 'MAAS'», y a partir del nombre todos pueden colegir que los dueños son originales del bátavo río Maas, en cuyas riberas es Maas un apellido común, y que se trata de un negocio que después de la Segunda Guerra Mundial levantó cierta familia holandesa establecida en Bélgica. Así, cuando con un tiempo de perros Raschid entra en el establecimiento, una aguda campanilla destila un gorgojeo de oro en las alturas. Esforzando el cuello, Raschid busca con la mirada ese cascabel de bienvenida que supuestamente debe columpiarse sobre las jambas de la puerta. Pero no lo descubre por ninguna parte.

Huele muy bien; flores tiernas saltan desde los jarrones de las esquinas, y un cuidadoso orden apilado justo al borde del caos fecunda el recinto con tranquilidad casera y amternal. Macetitas, afables cuencos de caramelos, fotos de sobrinos o nietos, pinzas de ropa, funda de gafas, pipa a medio recargar, paquetillo de cápsulas con metamizhol para los nervios, escanciador de agua de colonia. Todo sobrevive, en perfecto equilibrio, entre las vitrinas de los productos y las estanterías que ordenan los líquidos para borrar la tinta y los tamaños de hojas dse papel. Sobre una delicada montañita de cintas mecanográficas hace mimos pucheros un minúsculo espejo enmarcado con orlas. Allá se contempla Raschid, admirándose en su propio afeitado y de lo tersa que le ha quedado hoy la piel.

Llega una mujer. Le duele la espalda y ha tratado de cardar su peinado rubio una docena de veces en lo que va de jornada. Retira la funda de las gafas, el cenicero y la pipa con asco y un suspiro de desesperación, y, tamborileando con los dedos sobre el mostrador, se dirige a Raschid:

-¿En qué puedo ayudarle?

Raschid sonrie.

-Gracias, gracias — exclama—. La mujer entorna un párpado. Bueno, bueno; ¿qué es lo que desea-

ba usted? -Gracias. Muchas gracias, muchas

gracias —repite Raschid. La mujer lo observa de través, con la

mirada oblicua de un estudiante ante una ecuación de geometría.

—Ehm... Vamos a ver. ¿Habla usted neerlandés?

—Pues sí, de verdad.

¿Seguro?

-Sí. Es que... yo, verá, no quiero comprar nada.

-Usted no quiere comprar nada. -No. Sólo quiero charlar un poco.

Sólo quiere charlar unpoco. -Eso -enfatiza Raschid-, charlar un poco.

-Cahrlar

-Efectivamente. Charlar.

-No se ponga nerviosa.

 Claro que no —la mujer se asoma a la escalera de caracol y emite un desgarrador chillido—. iiHans!! iiHans, por Dios!! iiVen rápido!!

Afuera la tormenta arrecia. Raschid chasquea la lengua, amaga un gesto de resignación y extrae un paquete de «Gi-

-Haga el favor de no fumar aquí -le

ordena la mujer.

Ya suenan los pasos de Hans en la escalera: aparecen primero unas zapatillas deshilachadas y sin suelas que, a medida que van dando vueltas lentamente al eje de caracol, descubren poco a poco y más: unos calcetines caídos. unos pantalones domésticos. Las rodillas lustradas. los puños gastados.

—iiHans, por el amor de Dios!! -Ya voy, ya

Hans, sin embargo, no se ha afeitado hoy, y las trácalas de la barba gris le espolvorean los mentones bajo las gafas. Es indudable que Hans no ha intentado peinarse ni una sola vez, y contempla el apu-

rado de Raschid con admiración. -A ver si te entiendes con este... señor, que tiene ganas de bromear.

-No, señora, no me ha entendido. No dijo bromear, si no charlar.

-Yo sé muy bien lo que usted me ha dicho. Hans arquea las cejas con curiosidad. -Buenas tardes, entonces. Soy Hans

Maas. El bienafeitado inclina la cabeza con respeto.

-Es un placer, buenas tardes. Raschid Al Bisara.

O sea que quiere usted charlar.

Eso es.

Ajá, ya comprendo. La verdad es hace un tiempo de mierda -la mujer se muerde los labios—. Tal vez sea mejor que espere hasta que escampe. Ehm... un segundo, tengo ganas de fumar. Ahora vuelvo.

Hans se gira y penetra en la trastien-

-¿De dónde viene usted? —pregunta la mujer

-De Marruecos, señora -responde Raschid.

—Que se me folle el diablo —maldice Hans retornando al mostrador-, no encuentro mi pipa por ningún sitio.

-No blasfemes y no fumes -ruega la mujer; le jala de la manga y le susurra:— iEs un marroquí!

-Sí, señor Maas -Raschid la ha oído-. Soy de Mekhnes.

-Anda, qué interesante. Pero oígame, señor Bisagra...

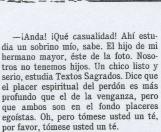
Bisara, Bisara. Raschid Al Bisara. Ciertamente, señor Al Bisara. ¿No habrá visto usted una pipa mía por aquí?

Con sonrisa divertida, Raschid mira a la mujer. Ella emite otro gemido de desesperación y desesntierra la pipa de un cajoncito lleno de teclas sueltas.

-Por favor, fuma una sola pipa y nada más.

-Sí, sí, sí... Escuche, señor Pizarra, ¿por qué no se sienta en aquel taburete? A mí me gusta la tienda, sí. Me gusta sentarme aquí enmedio de todo esto. Es como un bazar, ¿no le parece? Así que es usted de Mekhnes.

-En realidad nací primero en Mekhnes, pero he vivido bastantes años en



Hans hace epatar desde un recodo de cajitas un termo de cerámica con el

escudo de la Batavia.

¿Estudia en al Universidsad Central de Fez? - pregunta Raschid contento-. Hombre, la misma Universidad donde estudié yo. Allí precisamente me licencié.

-No me diga. Pero, iqué coinciden-

Hans enciende la pipa sin dejar de dialogar. La mujer asiste a la conversación con ojos de garza incrédula. Tras un par de frases más, sale del mostrador y se planta entre los dos como una esta-

-Quiero que se vaya —escupe la mujer con tensión, pero con claridad y lentitud.

Oye, Marieke, estás muy nerviosa -dice Hans con la dulzura apagada de la costumbre-, si quieres vete a decansar.

-Fuera - repite la mujer.

-En fin, yo no quiero causarles problemas..

-No -sostiene Hans con lisa calma-. Usted no es ningún problema, ella se calmará y, además, esta es mi casa. No se preocupe.

-Fuera

-Bueno, yo prefiero marcharme. No me siento muy bien -Raschid se alza del taburete-. Gracias por la taza de

Con otra respetuosa inclinación de cabeza, Raschid Al Bisara se despide. Abre la puerta, la cascada de gorgoritos de oro resuena irónicamente amistosa y abandona la «Typemschinenvervanginsordendelenwinkeltie 'MAAS'» zambulléndose en la tormenta de agua y vien-

Frente a frente, la mujer y el hombre se miran con odio

Germán Patricio